

sus redes, recogieron fragmentos de armadura y trozos de espada.

El campamento del duque de Borgoña y todo lo que contenía cayó en poder de los Suizos. Los vencedores regalaron al duque Renato en testimonio de admiración por su valor durante la jornada, la tienda de Carlos con las colgaduras, tapices y armas preciosas que se encerraban en ella. La artillería se dividió entre los confederados que habían enviado tropas, y cada cantón que había enviado gente obtuvo algunas piezas como trofeos de la batalla. Morat tuvo doce. Yo visité el lugar donde se conservan estos antiguos recuerdos de aquella gran derrota. Estos cañones no están fundidos de una pieza, están compuestos de varios anillos entrantes y salientes soldados unos con otros, modo de fabricación que debía quitarles mucho de su solidez.

En 1828 ó 29, Morat pidió cañones á Friburgo para celebrar estrepitosamente la fiesta de la confederación. La metrópoli del cantón, no sé por qué causa, no accedió á esta demanda, los jóvenes se acordaron de los cañones del duque de Borgoña y los sacaron del arsenal donde dormían hacia ya cuatro siglos, les pareció digno de ellos el celebrar el aniversario de su nuevo pacto de libertad con los trofeos de la victoria que debían á la confederación antigua. Los arrastraron con grande algazara á la explanada que está á la izquierda del camino al entrar en la ciudad; pero á los primeros disparos una bombarda y una culebrina se reventaron, y cinco ó seis personas de las que servían estas dos piezas fueron muertos ó heridos.

## FRIBURGO.

En Morat no nos detuvimos mas que dos horas: este tiempo bastaba además para visitar lo que la ciudad ofrece de curioso. Sobre las tres de la tarde volvíme á subir en nuestro carruaje y nos pusimos en camino para Friburgo. Al cabo de media hora de camino por una llanura llegamos al pié de una colina que nos invitó á subir á pié nuestro cochero, con pretexto de hacernos admirar el punto de vista, pero según yo creo, para que no se cansase mucho su caballo. Yo, ordinariamente, siempre me dejaba engañar con estas supercherías, sin dar á entender que las adivinaba. Y si no hubiese sido por mis compañeros de viaje, hubiera hecho todo el camino á pié. Esta vez á lo menos la invitación del cochero no carecía de un motivo plausible. La vista que abraza todo el campo de batalla, la ciudad y los dos lagos de Morat y Neuchatel es magnífica; el punto mismo en que nos encontrábamos era en donde había hecho alzar su tienda el duque de Borgoña. Media hora de camino nos llevó después á la cresta

de la montaña, y apenas la hubimos pasado, cuando sobre la vertiente opuesta á la que acabábamos de subir, reconocí el lugar donde había hecho el piadoso *alto* todo el ejército de los confederados. El resto del camino no ofrece nada de notable mas que el lindo valle de Gotteron, que viene á reunirse con el camino á una legua antes de Friburgo y que se extiende hasta las puertas de la ciudad. Sobre la cima opuesta á la que nosotros seguíamos, nos hizo observar el guía la ermita de Santa Magdalena, que nos invitó á visitar al día siguiente, y en el fondo del valle un acueducto romano que sirve hoy para llevar una parte de las aguas del Sarina á las ferrietas de Gotteron.

La puerta por la que se entra en Friburgo viniendo de Morat, es una de las construcciones mas atrevidas que se pueden ver. Suspendida como se halla encima de un precipicio de doscientos piés de profundidad, no había mas que destruirla para hacer intomable la ciudad por aquel lado. Friburgo todo, parece el resultado de una apuesta hecha por un arquitecto fantástico despues de una opipara comida. Es la ciudad mas jorobada, digámoslo así, que he visto: se ha tomado el terreno tal cual Dios lo había hecho, los hombres han edificado encima y nada mas. Apenas se ha pasado de la puerta que se baja, no por una calle, sino por una escalera de veinte y cinco á treinta escalones, se encuentra entonces uno en un vallecito empedrado, adornado de casas por ambos lados. Antes de subir á la catedral que se encuentra enfrente hay dos cosas que ver; una fuente á la derecha y un tilo á la izquierda. La fuente es un monumento del siglo xv. Curioso por su sencillez, representa á Sanson derribando un

leon. El Hércules judío lleva al costado, metida en su cinturón, á guisa de espada, su quijada de burro. El tilo es á la vez un recuerdo histórico y un monumento del mismo siglo: ved aquí la tradición á que se refiere su existencia.

Hemos dicho que los ochenta jóvenes que Friburgo había enviado á la batalla de Morat habían colocado sobre los cascos y sombreros una rama de tilo para conocerse en medio de la refriega. El que mandaba estas gentes cuando vió ganada la acción despachó á uno de ellos á Friburgo á llevar la noticia á sus compatriotas. El joven suizo corrió sin descansar un momento como el griego de Marathón, y como él llegó moribundo á la plaza pública en donde cayó gritando *victoria*, y agitando en su mano la rama de tilo que le había servido de penacho. Esta rama, religiosamente plantada por los friburgueses en el mismo sitio en donde había caído su compatriota, produjo el árbol colosal que se ve allí hoy.

El campanario de la iglesia es uno de los mas elevados de la Suiza, tiene trescientos ochenta piés de altura. Por lo general en los Alpes hay pocos de estos monumentos; despues de la torre de Babel los hombres han renunciado á luchar contra Dios; las montañas sojuzgan á los templos; ¿quién es el loco que se atreveria á construir un campanario al pié del Monte Blanco ó del Yung-frau? — El pórtico es uno de los mas bien trabajados que hay en Suiza: representa en sus labores el juicio final en todos sus detalles, Dios castigando ó recompensando á los hombres que el sonido de la trompeta del juicio despierta y que los ángeles separan en dos secciones: la de los buenos, que inmediatamente entra

en un castillo que representa el paraíso; la de los condenados, en la boca de una serpiente que representa el infierno: entre los condenados hay tres papas que se reconocen por sus tiaras. Al pié del bajo relieve se lee una inscripcion que indica que la iglesia se halla bajo la invocacion de san Nicolás, testimonio de la fe que los de Friburgo tienen en la intercesion del santo que han elegido por patrono, y del crédito de que piensan goza su patron con el Eterno Padre.

La inscripcion es esta:

PROTEGAM HANC URBEM ET SALVABO EAM  
PROPTER  
NICOLAUM SERVUM MEUM (1).

El interior de la iglesia no ofrece nada notable mas que un púlpito gótico de bastante buen trabajo: en cuanto al altar mayor, es del gusto de la estatuaria del tiempo de Luis XV, y se parece considerablemente al Parnaso de M. Tilon du Tillet.

Como comenzaba á hacerse tarde, dejamos para el dia siguiente la visita que contábamos hacer á las demás curiosidades de la ciudad.

Friburgo es la ciudad católica por excelencia, creyente y rencorosa como en el siglo xvi. Esto da á sus habitantes un colorido de edad media muy característico. Para ellos no hay diferencia entre el pontificado de Gregorio VII del de Bonifacio VIII, ni distincion entre la iglesia democrática ó aristocrática: mañana en su caso descolgarian el arcabuz de Carlos IX ó volverian á encender la hoguera de Juan Huss.

(1) Protegeré y salvaré esta ciudad por mediacion de mi siervo Nicolás.

El dia siguiente por la mañana envié al cochero á que esperase en el camino de Berna, y pedí á mi huésped que nos buscara un mozo para acompañarnos á la ermita de Santa Magdalena, porque los caminos se hallaban impracticables para poder ir en carruaje.

Nos dió por guia á un sobrino suyo, muchacho moletudo, sacristan de profesion, y guia en los ratos perdidos. En Friburgo nos quedaba aun por ver la puerta Bourgillon, antigua construccion romana. Nos pusimos en camino guiados por nuestro *cicerone*. Pasamos para ir allí por cerca del tilo de Morat, cuya historia supe entonces, y bajamos despues por una calle de ciento veinte escalones que nos condujo á un puente que hay sobre el Sarina. En medio de aquel puente debe volverse la vista para mirar cómo se levanta Friburgo á manera de anfiteatro, como una ciudad fantástica: entonces se reconocerá bien la ciudad gótica hecha para la guerra y colocada en la cima de una escarpada montaña como el nido de una ave de rapiña; se verá el gran partido que ha sacado el genio militar de una localidad que parecia mas bien hecha para retiro de gamos que para morada de hombres, y cómo se ha formado en murallas un círculo de rocas.

A la izquierda de la poblacion, y como una cabellera echada hácia atrás, se ve una selva de abetos negros muy viejos, brotando de entre las quebraduras de las rocas, de donde sale el Sarina como una ancha cinta destinada á sostenerla; el Sarina con sus aguas grises serpentea un instante por el valle y desaparece en el primer recodo. Mas allá del riachuelo y sobre la montaña opuesta á la ciudad, se descubre sobre una especie de arrabal en forma de

anfiteatro la puerta Bourgueñon, á la cual se llega por un camino abierto en la peña de la montaña. Esta vista recompensa mal el trabajo que cuesta el llegar hasta allí; es una construcción romana, pesada, maciza y cuadrada, como todas las que quedan de aquella época. Cerca de ella y á la izquierda del camino, hay una capilla bastante linda construida en 1700, en cuyas hornacinas exteriores se han colocado catorce estatuas de santos que datan de 1650, entre los cuales hay dos ó tres de algún mérito. En lo interior de la capilla no hay cosa alguna digna de notarse mas que los numerosos testimonios de la fe de los habitantes. Las paredes están llenas de *ex-votos* que atestiguan los milagros de la Virgen María, bajo cuya invocación se halla colocado aquel templo: los milagros en que se ha revelado su divina protección, están referidos y consignados en sencillas pinturas y en inscripciones mas sencillas todavía. La una representa á un anciano próximo á espirar, que de repente recobra la salud con la aparición de la Virgen María; la otra á una mujer que va á ser aplastada bajo las ruedas de un carro que arrastra un caballo desbocado, y que una mano invisible deliene; otra tercera, á un hombre á punto de ahogarse, y que las aguas sacan ileso á la orilla obedeciendo á la voz de la Virgen, y por último, uno en que se ve á un niño que cae en un precipicio y á quien preservan del golpe mortal de la caída las alas de un ángel.

He copiado la inscripción escrita debajo de este cuadro, y que traslado aquí literalmente.

EL 26 DE JULIO DE 1799 HE CAIDO DESDE LO ALTO DE  
LA ROCA

LA CASA DE LOS HERMANOS BOURGER AL SUBIR  
A MONTTORGE HASTA LA SARINA, JOSEF  
HIJO DE JUAN VEINSANT KOLLY BOURGEOIS DE  
FRIBURGO, DE EDAD DE CINCO AÑOS, PRESERVADO  
POR DIOS

Y POR LA SANTA VIRGEN, SIN HACERSE DAÑO ALGUNO.

Me hice conducir al sitio donde se habia verificado esta caída: el niño cayó de una altura de cerca de ciento ochenta piés.

Al volvernos por el camino de Berna, nuestro sacristan nos enseñó el punto que acababan de elegir los ingenieros para echar un puente que uniese la población con la montaña situada enfrente. Este puente tendrá ochocientos cincuenta piés de longitud, y sobre una elevación de noventa sobre los techos de las casas mas altas del valle. La idea de que Friburgo iba á hermosearse con un monumento tan moderno me contristó como parecia regocijar á sus habitantes. Esta especie de columpio que llaman puente colgante de alambre, desdecia mucho y de una manera extraña, á lo que me parece, con la gótica y severa ciudad que os trasporta al través de los siglos á los tiempos de creencia y feudalismo. La vista de algunos presidiarios con vestidos hilados de negro y blanco, que trabajaban bajo la vigilancia de un cómitre, no contribuyó á iluminar aquel cuadro, que en mis ideas de arte y nacionalidad me entristeció tanto como pudiera hacerlo la vista de una casaca de color castaño en Constantinopla, ó de un calzon corto en las orillas del Ganges.

A las tres alcanzamos nuestro carruaje que nos estaba esperando con el cochero con una immobili-

dad y una paciencia admirable, nos colocamos en él con nuestro sacristan delante y caminamos hácia la ermita de la Magdalena. Despues de media hora de camino, poco mas ó menos, paróse el carruaje y tomamos un atajo.

Al salir de Friburgo hacia un tiempo magnífico, lo cual no habia impedido que el monacillo de San Nicolás se hubiese armado de un enorme paraguas, que por la predileccion que le mostraba, parecia ser el compañero ordinario de sus expediciones: era un criado muy servicial, vestido de percal azul, con algunos remiendos de lienzo gris, y cuando lo llevaba desplegado, tenia siete ú ocho piés de diámetro: ¡venerable paraguas-padre, cuya especie no se encuentra ya mas que en la Bretaña ó en la baja Normandía! Al principio nos habíamos reido de la precaucion de nuestro guia, que vivo y jovial como un Suizo-aleman nos habia mirado largo tiempo con inquietud antes de saber lo que provocaba nuestra hilaridad, y que pasando un cuarto de hora, habiendo concluido por acertar la causa, exclamó en voz alta: ¡*Ah! si, ser por mi paraguas. Ya comprendo.*

Al cabo de diez minutos, cuando comenzábamos á subir con un calor de veinte y cinco grados la escarpada cuesta que conduce á la puerta Bourgillon, recibiendo á plomo sobre nuestras cabezas los rayos del sol, vimos á nuestro guia que desplegaba su mecanismo y que trepaba tranquilamente por una senda lateral á la sombra de aquella especie de máquina de guerra, y abrigado bajo su techo como un Santísimo Sacramento bajo un palio. Entonces comenzamos á conocer que el afecto que tenia á su compañero de viaje no era tan desinteresado como

pensamos al principio. Nos paramos siguiendo con envidiosa vista su ascension bajo la sombra móvil que le rodeaba como la atmósfera á la tierra. Así que llegó á la altura donde nosotros estábamos detúvose á su vez, nos miró un momento con asombro como para preguntarnos la causa de haber hecho alto, y viendo despues que nos pasábamos mutuamente unos á otros una botella de kirchenwaser y que nos enjugábamos la frente con nuestros pañuelos, dijo hablando á solas cual si respondiese á una cuestion anterior: — ¡*Ah! si, cha comprendo, teneis por el sol calor.*

Despues siguió su ascension del mismo modo con la misma calma con que habia empezado.

Al llegar al carruaje, del mismo modo que un jinete cuida su caballo antes de pensar en sí mismo, dobló cuidadosamente nuestro guia á su querido paraguas, por quien empezaba yo á tener una veneracion casi tan profunda como la suya; arregló simétricamente los pliegues unos sobre otros, y habiéndole pasado por la anilla de laton que lo sujetaba, volvió á colocarle en el ángulo que formaba la banqueta de la carretela, guardándole todas las consideraciones, que segun él le eran tan debidas como á nosotros.

Adivínese que cuando nos volvimos á bajar para caminar á pié los tres cuartos de legua que nos quedaban para llegar á la ermita por una senda de atajo, lo primero que bajó fué el paraguas, y que no empezamos á andar hasta que su propietario estuvo bien seguro de que no habia sufrido el menor detrimento. No dejaba de haber razon para este exámen, pues mientras habíamos andado en la carretela se habia nublado el cielo, y un trueno le-

jano que retumbaba en el valle se acercaba cada vez más. Bien pronto cayeron gruesas gotas de agua; mas como estábamos á la mitad del camino, á igual distancia de nuestro carruaje que á la del objeto de nuestra excursion, echamos á correr hácia unos árboles detrás de los cuales presumíamos que se hallaba situada la ermita. Al cabo de cincuenta pasos la lluvia caia á torrentes, y á otros tantos teníamos empapada enteramente nuestra ropa en agua. Volvimos entonces la cabeza, y descubrimos á nuestro sacristan tranquilamente cubierto con su paraguas como debajo de un vasto cobertizo. Venia hácia nosotros poniendo la punta de los piés sobre la superficie de las piedras de que estaba sembrado el camino, y que formaban un archipiélago de pequeñas islas en medio de la sábana de agua que cubria todo aquel llano; de modo que cuando se reunió con nosotros no necesitamos mas que una mirada para convencernos que la persona de nuestro guia se habia conservado intacta desde la cabeza á los piés; ni una gota de agua corria de su cabellera, ni manchaba los zapatos lustrados una sola mancha de barro. Al llegar á cuatro pasos de donde nosotros estábamos, detúvose y se quedó alónito al vernos calados y goteando, tiritando, y como bastase el aspecto del tiempo para pensar cual debíamos estar nosotros, reflexionó un momento, y cual si hablase á solas segun solia, exclamó: — *¡Ah! sí, cha entiendo, estar vosotros mojados, esto ser la tempestad.*

¡Bribonzuelo! de buena gana le habríamos ahogado, y aun creo que alguno de nosotros propuso el hacerlo; afortunadamente nos libró de este mal pensamiento el tañido de una campana que se oyó

á pocos pasos de nosotros, y que parecia salir de debajo de la tierra. Era la de la ermita, de la que nos hallábamos á algunos pasos. La tempestad habia sido rápida y violenta como una tempestad de montaña, habia cesado la lluvia y el cielo estaba otra vez puro. Sacudimos nuestra ropa, y dejando aquel lugar de abrigo, nos dirigimos hácia la gruta mientras que el sacristan buscaba un sitio aireado donde pudiese secarse su paraguas. Bien pronto nos hallamos delante de la obra mas maravillosa quizas de cuantas ha concluido la paciencia de un hombre desde el principio de los siglos.

En 1760, un labrador de Gruyère, llamado Juan Dupré, resolvió hacerse ermitaño y abrirse él mismo una ermita, cual jamás pudieron crear que pudiese existir los padres del desierto. Despues de haber buscado mucho tiempo un sitio conveniente á su fin, creyó haber hallado en el lugar mismo en donde estábamos una masa de rocas bastante sólida á la vez y fácil de trabajar para poner en obra su proyecto. Aquella masa cubierta en su cima de tierra vegetal sobre la que se alzan magníficos árboles, presenta al Mediodía una superficie cortada perpendicularmente, y domina á la altura de doscientos piés poco mas ó menos, el valle de Gotteron. Dupré trabajó sobre la roca no solo para abrir en ella una simple gruta, sino para tallar una habitacion completa con todas sus dependencias, imponiéndose además por penitencia no alimentarse mas que de pan y agua todo el tiempo que durase su trabajo. Al cabo de veinte años no se hallaba todavía su obra terminada, cuando fué interrumpida por la trágica muerte del pobre anacoreta. Ved aqui como la singularidad del voto, la persis-

tencia con que lo cumplia Dupré, el atrevimiento de aquella excavacion en lo interior de la montaña, atraian á la Magdalena un gran número de visitas; y como de los dos caminos que conducian á ella, el mas corto y pintoresco, el del valle de Gotteron, era este el que siempre preferian los curiosos. Habia un pequeño inconveniente. Llegado al pié de la ermita era necesario atravesar el Sarina; pero Dupré mismo se encargó de vencer aquella dificultad, haciendo construir una barca y dejando el pico por el remo cada vez que algunas personas deseaban visitar la ermita. Un dia una bandada de jóvenes estudiantes vino á su vez á reclamar el auxilio del piadoso barquero, y cuando se hallaban con él en medio del rio, uno de ellos burlándose del terror de otro de sus camaradas, á pesar de las amonestaciones del ermitaño, puso sus piés sobre los dos bordes de la barca, y la imprimió, dejándose pesar tan pronto á labor como á estribor, un movimiento tan brusco, que la hizo volcar. Los estudiantes, que eran jóvenes y vigorosos, logaron llegar á la orilla á pesar de la rápida corriente; pero el anciano se ahogó y la ermita quedó sin concluir.

Llegamos, en fin, á la gruta, bajando cuatro ó cinco escalones por una especie de poterna que atraviesa una roca de ocho piés de gruesa. Aquella poterna nos condujo á una terraza tallada en la misma piedra que sobrecarga encima de ella como los diferentes pisos de ciertas casas góticas que avanzan sucesivamente sobre la calle. A la derecha se nos presentó una puerta y entramos por ella. Nos encontramos en la capilla de la ermita, de unos cuarenta piés de largo y treinta de ancho

y con veinte de elevacion. Dos veces al año un sacerdote de Friburgo viene á decir allí la misa, y entonces aquella iglesia subterránea, que recuerda las catacumbas donde los cristianos celebraron sus primeros misterios, se llena de gentes de los pueblecillos inmediatos: toda su riqueza consiste en algunos bancos de madera y algunas santas imágenes. A los dos lados del altar hay dos puertas talladas tambien en la roca, la una conduce á la sacristía, cuartito cuadrado de unos diez piés de ancho y otros tantos de alto, y la otra al campanario. Este campanario extraordinario cuya modesta pretension enteramente opuesta á la de sus compañeros, no ha sido jamás la de levantarse sobre el nivel de la tierra, sino la de llegar á su superficie, se parece desde lo alto á un pozo y desde abajo á una chimenea: su campana está colgada en medio de los árboles que coronan la cumbre del monte, á cuatro ó cinco piés sobre la tierra, y el tubo por donde pasa la cuerda con que se toca tiene setenta piés de largo. Volviendo á entrar en la capilla y casi en frente del altar, se halla una puerta que conduce á un cuarto: en este cuarto, hay una escalera de diez y ocho escalones, que sirve para bajar á un jardinito: desde aquel cuarto se pasa á una leñera, y desde la leñera á la cocina.

A pesar de la abstinencia á que se habia condenado el digno anacoreta, no habia descuidado esta parte de casa tan necesaria á los individuos de la especie á que pertenecía, y parece que por una predileccion bien desinteresada, fué una de las partes mas cuidadas de la ermita. Cuando entramos en ella, pudimos por un momento creernos en una de aquellas grutas que pinta en las montañas de

Escocia el genio de Walter Scott y que poblaba una bruja desgreñada con un hijo idiota. En efecto, debajo de la espaciosa campana de la chimenea, cuyo humo salía por un conducto de ochenta y ocho piés de alto, perpendicularmente horadado en la roca, hallábase sentada una vieja mondando unas legumbres que esperaba ya con la boca abierta una olla *hirviendo*, mientras que enfrente de ella un mocelón de veinte y seis años sentado sobre una piedra, extendía sus piés sin cuidarse de que los metía en un mar de agua, que la tempestad había vertido por la chimenea, preocupado únicamente por ver si había algo que poder comer en los desperdicios que tiraba su madre y que él examinaba con la tímida glotonería de un mono. Nos detuvimos un momento á la puerta para contemplar aquella escena, alumbrada solamente por el rojizo reflejo del fuego del hogar; en él chispeaba un pino entero cortado verde con ramas y hojas, que ardía desde la raíz hasta la punta; era preciso fener el pincel de Rembrandt para trasladar al lienzo aquel extraño cuadro con su ardiente colorido y su pintoresca expresion, él solo podría hacer comprender su poesia, y él solo hubiera sabido copiar aquella luz viva y resinosa, reflejándose entera en la arrugada cara de la vieja, jugueteando en los plabados rizos de sus cabellos, mientras que hiriendo solo de perfil la cabeza del mancebo dejaba la mitad oscura, y cubierta de resplandor la otra mitad.

Habíamos entrado sin que nos sintieran, pero á un movimiento que hicimos, la madre alzó los ojos sobre nosotros, y aislando su mirada deslumbrada por el centro mismo de luz ante el cual se hallaba, puso una mano sobre sus ojos á modo de

pantalla, y nos vió de pié, y arrimados á la puerta; alargó el pié hácia su hijo, y empujándole bruscaménte le sacó de la ocupacion que le absorbía. Presumo que le dijo en mal aleman, que nos enseñase la ermita, pues el jóven tomó del fogón una tea de pino inflamada, y se levantó con nna languidez enfermiza. Quedó un instante de pié en medio de aquel charco casi compacto por la reunion del hollín y la ceniza que el agua al caer había arrastrado consigo; despues nos miró con un aire estúpido, bostezó, extendió los brazos y se vino á nosotros. Nos dirigió algunos sonidos guturales é ininteligibles que no pertenecian á ningun idioma humano, pero como extendía el brazo donde tenia la tea del lado de los otros cuartos, comprendimos que nos invitaba á visitarlos; le seguimos. Nos condujo hácia un corredor de ochenta piés de largo y catorce de ancho, del que no pudimos comprender el uso. Este corredor estaba alumbrado por cuatro ventanas talladas á modo de troneras, mas ó menos macizas, segun el grueso exterior de la roca. El idiota acercó la antorcha á la puerta y nos la mostro con el dedo sin otra explicacion que las sílabas ¡heu! ¡heu! que repetía cada vez que nos queria indicar alguna cosa trazada con lápiz casi borrado. Encontramos con mucha pena formas de letras; sin embargo, pudimos leer el nombre de María Luisa, la hija de los Césares de Alemania, que en aquella época, mujer del emperador y madre del rey, había visitado esta ermita en 1813 y había escrito su nombre, casi borrado hoy dia en la historia como lo estaba sobre la puerta.

Pasamos desde aquel corredor al cuarto del ermitaño, que compone la última pieza de aquel bi-



zarro aposento. Su cama de madera, sobre la cual hay tendido un colchon y una manta, sirve hoy de alcoba á la anciana, y enfrente de aquel lecho algunos haces de paja extendidos sobre el húmedo pavimento, insuficiente para un caballo en una cuadra y para el nicho de un perro, sirven de cama al idiota. Allí es donde pasan estos desgraciados su vida, no viviendo mas que de la limosna que les dan los curiosos que van á visitar su extraña habitacion.

La profundidad de la abertura que hizo el ermitaño en la roca es de trescientos sesenta y cinco piés; se paró en esta cifra en memoria de los dias que tiene el año. La bóveda tiene por todas partes catorce piés de altura.

Al volver por el cuarto contiguo á la capilla bajamos los diez y ocho peldaños de la escalera que nos condujo al jardin, donde crecen algunas legumbres miserables que cultiva el jóven que nos servia de guia. Un gesto demostrativo acompañado de su sílaba habitual ¡heu! ¡heu! nos hizo volver la cabeza hácia una excavacion de la roca; es la entrada de una fuente de excelente agua que llaman la *Cueva del ermitaño*.

Habíamos visto en todos sus detalles aquella singular construccion. Mientras la visitamos, el tiempo se había aclarado; vimos que lo mejor que podíamos hacer, era subir en el carruaje y tomar el camino de Berna. Atravesamos la poterna, nos pusimos á buscar nuestro guia, muy preocupados por los primeros síntomas de un hambre que prometia hacerse voraz. Encontramos á nuestro sacristan de San Nicó'ás sentado á la sombra de un árbol con una piedra delante sobre la cual se veían los restos

de un almuerzo. El tunante acababa de almorzar maravillosamente, según pudimos juzgar por los huesos de pollo de que estaba sembrada la tierra á su alrededor y por una calabaza, que colcada sin tapon al lado de su paraguas afeituaba haberse vaciado en un vaso mas elástico y de mas capacidad; en cuanto á nuestro hombre, tenia los ojos levantados al cielo como dando gracias al Criador, como criatura que era, por todos los dones que de él había recibido.

La vista de esto nos atormentó horriblemente el estómago.

Le preguntamos si no habria medio de procurarse en los alrededores algun comestible del género de aquellos que acababa de absorber. Nos hizo repetir varias veces nuestra frase; por fin, despues de haber reflexionado un instante nos dijo con aquella tranquila perspicacia que formaba el fondo de su carácter: — Si hambre tener, comprender yo, es el ejercicio.

Despues se levantó sin contestar de otro modo á nuestra pregunta, cerró su navaja, metió la calabaza en su bolsillo, recogió el paraguas y se encaminó hácia el sitio donde nos aguardaba el carruaje, tan flemáticamente como si á su estómago lleno no le siguiesen dos estómagos vacíos.

Cuando ya nos hubimos unido á nuestro cochero, nos consultamos para arreglar nuestras cuentas con el guia; se decidió que le daríamos un thaler (seis francos de nuestra moneda según creo), por el medio dia que nos habia consagrado; saqué de mi bolsillo un thaler y se lo puse en la mano. Nuestro sacristan tomó la pieza y la volvió alternativamente de sus dos caras, examinó su grueso, á fin de ase-

gurarse bien de que no estaba ni gastada ni borrosa; la metió en su bolsillo y tendió de nuevo la mano. Esta vez yo se la tomé con mucha cordialidad, y apretándosela con toda mi fuerza le dije en el mejor alemán que pude: *Gut reis mein freund*. El pobre diablo hizo un gesto de endemoniado, y mientras que despegaba ayudado con su mano izquierda los dedos de la mano derecha, murmurando algunas palabras que no pudimos comprender, subimos en el carruaje. Al cabo de un cuarto de legua se nos vino á la imaginación una idea, y fué la de preguntar á nuestro cocherero si habia entendido lo que habia dicho nuestro guía.

— Sí, señores, nos contestó.

— ¿Y bien?

— Ha dicho que un thaler es poca cosa para un hombre que como él habia soportado en un solo día el calor, el hambre y la lluvia.

Ya se adivina cuál fué la impresion que debió hacer tal reconvenccion á unos hombres tostados por el sol, mojados hasta los huesos y muertos de inanición. Así es que nos quedamos en la insensibilidad mas completa; solamente la traduccion de aquellas palabras nos llevó naturalmente á preguntar á nuestro cocherero si habria alguna posada en el camino que debíamos recorrer hasta llegar á Berna. Su respuesta fué desesperante.

Dos horas despues, se paró y nos preguntó, si queríamos visitar el campo de batalla de Laupen.

— ¿Hay alguna posada en el campo de batalla de Laupen?

— No, señor, es una gran llanura donde Rodolfo de Erlac, á la cabeza del pueblo, venció los nobles el año 1339....

— Bien, muy bien; ¿y cuántas leguas hay aun hasta Berna?

— Cinco.

— Un thaler de *trinckgeld*, si llegamos en dos horas.

El cocherero puso su caballo á galope con un ardor que la noche no logró menguar, y hora y media despues desde lo alto de las montañas de Bumplitz, vimos esparcidas por el llano y brillando como gusanos de luz sobre el césped las luces de la capital del canton bernés.

Al cabo de diez minutos, nuestro carruaje se paraba en el patio de la fonda del Halcon.

FIN DEL TOMO PRIMERO.